

POPAYAN, O LA DISCIPLINA DE LO ESENCIAL

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

— I —

"Hastiada del perenne embuste de la gloria...".

Dudo mucho que de Popayán se pueda decir algo verdaderamente nuevo. Desde hace muchos lustros una tropa de poetas y escritores está disparando sus venablos de inspiración contra el corazón indómito de la ciudad que palpita en la azul inmensidad. Así, podría hablar del tiempo que, con sus saetas tornasoladas, rasga su pétrea piel haciendo que de las heridas caigan las horas gota a gota sobre la quietud durmiente, como la lluvia en el mar —lenta, hierática— siembra desde el cielo su eternidad de espumas. De los aleros voladizos de sus casas, de los balcones de madera con sus muchachas reclinadas como mirándose en el aire claro. Y luego de esas tardes vibrantes, hondamente vibrantes, vibrantes de ceñir las altas torres que anclan en el sosiego celestial. ¡Y de aquella bruma de leyenda! ¡Y de aquella historia henchida de grandeza!...

Mas en tanto que estos pensamientos me encandilan el alma, fluye libérrimamente el deseo de evitar tal género de inspiración. Para ello será necesario que volquemos —tú y yo, lector— toda la atención sobre el payanés, que no nos dejemos seducir de la visión magnífica de la ciudad donde nació Camilo Torres, el siervo augusto de la libertad. Porque existe la posibilidad de construir una teoría de Popayán, en la cual la belleza externa quede, por fuerza, reducida al *mínimum*. No en sus muros patinados y sombrosos, sino en el alma del payanés, en su mecanismo psíquico, es donde la tradición goza de su definitivo aquilatamiento. Existe, en efecto, en cada payanés un como *apriori* del pasado que, en medio de las locas cuadrigas del progreso, intenta lo inverosímil: hacer intervenir espléndidamente la belleza antigua y, más que ésta, la vida solitaria, en el torbellino de lo actual y momentánea.

Pero fuera un error —un error de liviandad— describir en un ensayo fugaz todos los detalles que forman la textura psíquica del payanés. Más bien habrá que expresar lo obvio y como de primer plano; contentémonos, entonces, con algunas vagas indicaciones, precisamente con aquello que exterioriza cuando se le trata. Extralimitando la nimiedad, advirtamos que el payanés simplemente se propone ser payanés de un modo u otro. De

esta manera, aunque no acertemos a instalarnos en el centro de su fisonomía, en su íntimo perfil, por lo menos caminemos en persecución de sus fronteras. Con unos u otros medios, el payanés aspira aún sin advertirlo a envolver, digámoslo así, de pasado su existencia diaria. Diríase que su destino consiste en vivir el itinerario humano sumido en una atmósfera, no que viene de ayer, sino a ella peregrina.

Toda esta belleza antigua, todo este esplendor cromático de formas crepusculares, tan arrobadoras, tan patinadas, constituye el sentido a través del cual el payanés ve el mundo. El destino del payanés consistiría, según mi manera de pensar, en derramar las formas estéticas antiguas y las virtudes tradicionales sobre el hombre, la piedra, el mármol y el hogar.

¡Soberano destino que en sus horas culminantes enjambra de sabios, de mártires, de próceres la historia de Colombia!

— II —

"Oídos embotados, sordos para la etérea música de la lira de Orfeo, siguen la flauta del cazador de Hamelin".

He regresado a Popayán después de muchos meses de ausencia, y ahora la he vuelto a ver arder, como la retama mosaica, al borde del camino de los problemas, de las angustias y de los peligros nacionales. Y, como siempre, esta pertinaz visión la contemplo, balsámica y dorada, desde la colina de Belén, donde la ciudad —patriarcal, evocadora— parece reincorporarse y ofrecernos toda su gloria humana, toda su carne. Allí está en el insólito éxtasis de la piedra viva: unos tejados severos y de color gris que traen a la memoria los sayales de los cenobitas; una espesura de cúpulas soñolientas, clavadas en los templos, en los monasterios; una calle toda cuajada de soledad; y dentro, en las grandes casonas, un estremecido y sutil aire, cuya emoción reposada y señorial aparta el fragor de los automóviles que, con sus ínfulas de progreso indefinido, suenan sus "voceríos clamorosos". Se piensa en un mar antiguo copiando mansamente los relieves costaneros, con sus crestas anchas, punzantes, y con su idea de lucha feroz, de chasquido duro, de muchedumbre cargada de vocerío. Sobre las casas payanesas vuela una garza... y el crepúsculo, este crepúsculo de amapola que funde, que esfuma huertas, collados, angosturas, redondeces, la traspasa y enciende gozosamente. ¡Es una hermosura mirar cómo la ciudad hidalga cual una Minerva aborígen, va hilando en su rueca tantos instantes de silencio, tanta esquiva soledad!

Conviene, sin embargo, no dejarse arrobar demasiado con la emoción del paisaje —como ya insinué—, aunque siendo esta la nota más trivial de la ciudad del Cauca, constituye, a la vez, el indicio más importante de su "vida humana". Porque si una raza es, ante todo, un molde de educación moral (Renán), una ciudad obviamente ha de serlo también. Son estas el suelo de una nación, por lo menos de país moderno. La ciudad no es, sin más, el habitáculo urbano, sino una función orientadora, un quehacer determinado, no importa lo incongruente, lo contradictorio que, en ciertos momentos, parezca. Esto es, que sería imposible el conocimiento de una

nación sin saber cómo actúan sus burgos y pueblos. Así se podría decir ahora: para el conocimiento **general** de la vida actual colombiana hay que comenzar fijando el sistema interno de las costumbres, en cada una de sus ciudades. Y de la comparación —porque de ello se trata, además— surgiría súbitamente, inexorablemente aquello que hoy es Colombia. Resulta urgente acometer tamaña tarea. Pues nuestro conocimiento del país, no obstante tal hacinamiento de estadísticas, de tal acopio de monografías sociológicas, presenta la figura de un rompecabezas todavía sin solución; o sea de hechos innumerables y sobremanera notorios, es decir, cada uno por sí y por su propia cuenta, pero carentes de forma colectiva, totalizadora, con sentido dependiente, en suma, unos hechos sin interpretación nacional.

A falta, pues, de esta interpretación de conjunto, yo, andariego de mí mismo y nada ajeno a las angustias y esperanzas colombianas, me pregunto en la colina de Belén, frente a la ciudad a trechos mutilada, hendida por uno que otro alcalde reformador y mediocre: ¿qué es lo que un burgo como Popayán, la ciudad antigua, puede ofrecer hoy con alguna autenticidad a este hecho tan urgente, tan terriblemente deficitario de la orientación nacional? Y esta demanda íntima me sobrecoge profundamente, porque me precipita, por contraste, sobre algo —un “opio entontecedor”— que a la mayoría de los colombianos les trae y les lleva sin encontrar punto de reposo, a cuenta de que constituye uno de los grandes mitos laicos de nuestra época.

Basta un poco de serenidad, de una serenidad que acá, bajo este cielo inagotable y solemne, se derrama como miel caliente y reuma en unos colores hechos luz, basta, digo, un poco de serenidad para entender que la vida colombiana presente consiste, ante todo, en rendir grandes porciones de sus potencias de estabilidad y hondura a la actualidad. Y se entiende que sea así. Solo parece que nos interesa el presente. ¿No es sorprendente, demasiado conmovedor que desde las más altas magistraturas del estado se nos invite a realizar un “propósito nacional”, y, a la postre, no saber cuál es ese propósito? Obcecados por el concepto de la necesidad nos hemos hecho esclavos del momento, a pesar de algunas soberbias rebeliones. Tome el lector nota de todos los hechos nacionales, desde la inofensiva (!) tendencia por el estudio del inglés hasta los grandes problemas políticos de la nación, y verá cómo carecen de eso que los latinos llamaban *actio in distans*. Esto es lo más notorio y evidente de nuestra hora: adaptarse a las circunstancias momentáneas, olvidándose demasiado que el hombre forja su propio medio. No se olvide que fueron los hombres quienes, para encontrar el camino de la “transfiguración”, hecharon mano de la *apatía*, o sea de la invulnerabilidad, de la *ataraxia* o incommovilidad y de la *caridad* o desprendimiento cristiano, e incluso del *nirvana*. Diciéndole en términos *toynbeenos* debemos convenir en que las “respuestas” colombianas a sus “retos” son demasiado débiles. He aquí, por tanto, cómo el medio nos está devorando. ¡Como si el ratón fuese preferible al león, o la flauta de Orfeo a la de Hamelin!

Mas ¿de dónde pueden llegarnos esas nuevas potencias que necesitamos? Los colombianos queremos una nueva fe: fe en la templanza, fe en la austeridad, fe en la bondad, fe, muchísima fe, una fe tranquila, acabada.

armoniosa en la paz; necesitamos dominar las pasiones y enterrar la escoria de los instintos.

Y así, mientras la tarde payanesa se arrebola en las faldas ensangrentadas del cerro de las Tres Cruces, dejando, a lo lejos, morena y temblorosa talvez a una Sulamita que susurra la promesa tímida, o la plegaria de amor vibrante, oculta entre los humos, las vegas, los montes, los árboles y el cielo de este votivo valle de Pubenza, la ciudad me entrega su gran secreto. Que ella, cuna al fin y al cabo de poetas, esto es, de hombres que husmean la misteriosa cualidad del universo, disciplina los sentidos. Lo hubiera dicho un griego del tiempo de Platón: "Popayán ta eroticá", que quiere decir amar el muro y la ventana, el huerto y la arboleda, la rosa, el silencio, sin fundirse con ellos.
